JESÚS Y UNA NOCHE TRÁGICA

El Huerto de los Olivos nos muestra al Señor en una noche trágica. En ese ámbito se desenvuelven las últimas horas de Jesús, horas previas al suplicio de la cruz. Pero en este huerto comienza ya el sufrimiento de su Pasión.
El abandono de unos pocos discípulos que acompañaron a Jesús y fueron invitados por el Señor a orar. En menos de una hora el Maestro los encuentra, no orando sino durmiendo. La última Cena había quedado atrás. En esa 'cena de los amigos' estaba, como un tigre agazapado y en tensión ante su presa, el que lo iba a entregar.

Aquí da comienzo su Pasión, hiriendo hondamente al Salvador, tanto es así que hace un pedido a su Padre: 'Si es posible, que pase de mí este cáliz'. Condicionado esta súplica perentoria al' Si es posible…'. Pone sus padecimientos y su vida en manos del Padre y del plan redentor del que su Hijo es pieza esencial. Jesús jamás habría huido y renegado de la voluntad de su Padre bueno.

En este contexto de extrema tensión, el Señor suda sangre. Debe también haber derramado abundantes, porque si bien sabía que el punto final sería la gloria, resucitado a la derecha del Padre y co-reinando con Él- el medio ineludible de quien vino a hacer la voluntad del Padre, seguiría en vigor.

Es la noche en la que iba a ser entregado, como lo afirmó en la Eucaristía instituida hacía un rato 'Uno de ustedes me entregará'. Finalmente, en ese mismo Huerto es arrestado. El signo con el que Judas señalaría a los guardias quién era Jesús fue un beso, arrancando del Señor estas tristes palabras: ¿Con un beso me traicionas?
Sí… Cristo sufre las agresiones de tal entrega con un signo que, en este caso, es toda una contradicción. Lo que debería haber sido un gesto afectuoso de amor y cercanía, hace que 'el beso de Judas' adquiera otro carácter y coloración.
El Señor Jesús y sus amigos podían haber opuesto resistencia o escapado, pero en el proyecto a cumplirse, ordena envainar los puñales, llevando a la práctica el 'poner la otra mejilla', algo triste y penoso pero lejos
mejor que herir la mejilla de otro, graficando así vivamente que 'el que a hierro mata, a hierro muere…'.

A partir de la trágica noche del Huerto de los olivos, vendrá el juicio más inicuo de la Historia, hasta concluir en una sentencia de cruz. Sólo en una noche lo van pasando' de juez en juez', hasta llegar a la cobarde absolución de Pilato que, sin embargo se deja llevar por los gritos del populacho: "¡Crucifícalo…. crucifícalo! Y el que poco antes afirmó que no veía en Jesús culpa alguna que mereciera la muerte, cede y 'se lava las mano'.
¿El resto de la Historia? Lo leemos en el libro de la cruz…: 'Padre, en tus manos encomiendo mi alma…' 'Todo se ha consumado…', aunque esto no evitó que, antes de morir, diera un gran grito…(fr Héctor Muñoz op)